

DECADENCIA Y DESAPARICIÓN DE UN MODELO EMPRESARIAL AZUCARERO EN CUBA. EL CASO DE TORRIENTE HERMANOS DE CIENFUEGOS (C. 1840- 1890)

Enrique RODRÍGUEZ PEREDA
Universidad de Cantabria
ORCID: 0000-0001-7378-0149

Resumen:

Las compañías comerciales de carácter familiar fueron uno de los principales modelos empresariales en la Cuba del siglo XIX. Su evolución estuvo marcada por el devenir de la industria azucarera y por las fluctuaciones de una economía incipientemente globalizada. El caso de Torriente Hermanos y Compañía de Cienfuegos representa un caso paradigmático de surgimiento, auge y posterior decadencia de este tipo de empresa, así como de evolución de una familia cuyos miembros emigraron a América. En este texto se plantea un primer acercamiento a la trayectoria de la familia para sentar las bases de una futura investigación de mayor calado.

Palabras clave:

Empresas. Familia Torriente. Cuba. Siglo XIX.

Abstract:

Family-owned commercial companies were one of the main business models in 19th-century Cuba. Their evolution was marked by the development of the sugar industry and the fluctuations of an incipiently globalised economy. The case of Torriente Hermanos y Compañía de Cienfuegos represents a paradigmatic example of the emergence, rise and subsequent decline of this type of company, as well as the evolution of a family whose members emigrated to America. This text provides an initial overview of the family's history, laying the foundations for more in-depth research in the future.

Key Words

Companies. Torriente Family. Cuba. 19th Century.

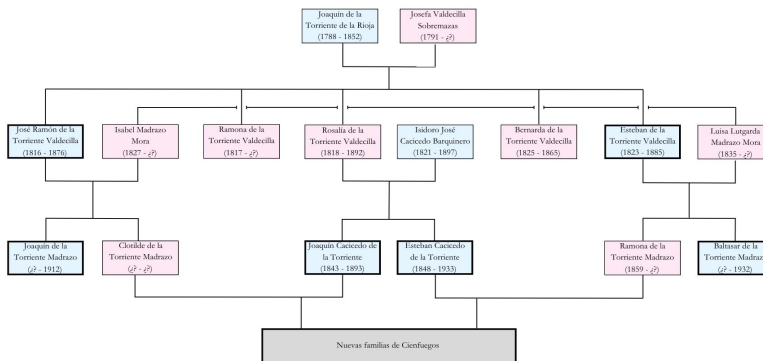
Como tantas otras familias del norte de España, los Torriente representan un ejemplo más del proceso de emigración a América iniciado en el siglo XVI y que, ya en el siglo XIX, alcanzó una magnitud mucho mayor con el desplazamiento de decenas de miles de gallegos, asturianos, cántabros y vascos. La familia De la Torriente, un grupo extenso que abarcó diferentes ramas instaladas en poblaciones de los municipios de Marina de Cudeyo, Medio Cudeyo y Riotuerto, se analiza en este texto dado el éxito comercial de al menos dos de los grupos familiares emigrados a Cuba: el de Matanzas, dirigido por Cosme de la Torriente de la Gándara (1809-1870), y el de Cienfuegos, bajo la tutela de Ramón de la Torriente Valdecilla (1816-1876).

Las referencias acerca de las familias Torriente se reducen al impacto de la beneficencia que llevaron a cabo en sus municipios de origen y a su presencia en los negocios de otras grandes familias empresariales de Cuba, como fue el caso de los Goytisolo en Cienfuegos. Varios motivos podrían explicar su ausencia de los de por sí escasos estudios sobre montañeses en

Cuba. En primer lugar, su decadencia hacia finales de la década de 1860 y la continuidad de sus negocios bajo el mando de miembros de la familia extensa con apellidos diferentes. Es el caso de Esteban Cacicedo en lo que respecta a Cienfuegos, pero también el de Francisco Rionda o Ramón Pelayo en la provincia de Matanzas. En segundo lugar, su permanencia en Cuba y las escasas obras benéficas que realizaron en sus pueblos natales. A diferencia de otros grandes indianos del momento, como los marqueses de Comillas y Manzanedo, o del esclavista Joaquín Gómez Hano, las obras de los Torriente se redujeron a la mejora y ampliación de edificios ya existentes, lo que, si bien les valió el reconocimiento de sus paisanos, no tuvo impacto más allá de la antigua Junta de Cudeyo.

En el caso que nos ocupa, analizaremos la rama de la familia menos conocida, la que se instaló en Cienfuegos. La historiografía cubana ha destacado, aunque discretamente, el papel de los Torriente de Matanzas, a través de la figura del «patriarca» Cosme de la Torriente. Aunque sean más conocidos, estos Torriente de Matanzas representan un caso mucho más complejo, por varios motivos. Primero, por la participación en la política nacional de algunos de sus miembros, lo que sugiere la posible conexión entre política y negocios a una escala mucho mayor que en el caso de sus parientes de Cienfuegos. En segundo lugar, por los problemas familiares que condujeron a la quiebra de Cosme de la Torriente, en 1869, y que fueron publicitados en la Cuba de las décadas de 1870 y 1880, proporcionando una imagen pública de la familia de mayor relevancia y controversia. Y, en tercer lugar, porque la trayectoria de la familia matancera fue continuada en otros ámbitos de la vida pública, desligándose progresivamente del azúcar y el comercio, con destacados personajes como el diplomático y político Cosme de la Torriente Peraza (1872-1956), los ajedrecistas Celso (1879-1924) y Manuel (1883-1973) Golmayo de la Torriente o el escritor Pablo de la Torriente Brau (1901-1936) (Cadelo Verdeja, Cagigas Aberasturi y Lavín García, 2004, pp. 16-19).

En el caso de los Torriente de Cienfuegos, la información es escasa y está más desperdigada, pero en conjunto su análisis permite presentar un grupo familiar más sucinto y una trayectoria empresarial claramente definida. Las memorias de Edwin Farnsworth Atkins (1850-1926), empresario y comerciante azucarero de Boston cuyo padre envió a aprender el negocio con los Torriente, han sido un descubrimiento que ha permitido arrojar bastantes datos sobre la familia y estructurar su trayectoria. Toda vez que se inició un rastreo de su presencia en la ciudad y su entorno, se ha podido realizar un bosquejo de su modelo empresarial y relaciones comerciales, así como del impacto que tuvieron en una población que se estaba desarrollando de manera acelerada. Junto a los Torriente de Matanzas y Cienfuegos encontramos presencia de ambos grupos en La Habana, lo cual es lógico dada la importancia económica de la capital de la isla, y en Santander. El puerto santanderino, estrechamente vinculado a América, permitía además acceder a los mercados europeos y sus productos sin recurrir a terceros y con la garantía de que la administración de los negocios se encontraba en manos de la propia familia. Como veremos más adelante, el modelo empresarial de Torriente Hermanos se articuló entre los puertos de Cienfuegos, Santander y la costa de Nueva Inglaterra.



Árbol genealógico de la familia Torriente de Cienfuegos, con aquellos miembros pertenecientes a Torriente Hermanos y Compañía resaltados. Elaboración propia, con la ayuda de María Jesús Lavín García.

Los Torriente cuya trayectoria se reseña en este trabajo fueron dos hermanos nacidos en la localidad de Hermosa, municipio de Medio Cudeyo, en la provincia de Santander: Ramón (1816-1876) y Esteban (1823-1885) de la Torre de Valdecilla. Poco se sabe de la actividad de su familia directa o de su infancia, aunque Edwin Atkins señala en sus memorias que Ramón fue seminarista en su juventud (Atkins, 1926, p. 12). Procedentes de una zona de fuerte emigración a América (Soldevilla Oria, 1997, p. 64), y con parte de su familia extensa ya instalada en Cuba, Ramón y Esteban constituyeron una empresa familiar en la ciudad de Cienfuegos a la que posteriormente se incorporarían sus hijos varones y dos sobrinos de ambos, Joaquín (1843-1893) y Esteban (1848-1933) Cacicedo de la Torre. Los hermanos Cacicedo nacieron en Ceceñas, localidad también perteneciente a Medio Cudeyo, y forman parte de una nueva generación que, junto a los hijos de Esteban, hizo frente a un escenario diferente al de sus

predecesores. Es destacable que, para evitar la disgregación de los negocios, los hermanos Cacicedo se casaron con sus primas Clotilde y Ramona, respectivamente, en un ejercicio de endogamia familiar típico de algunas de estas familias-empresa en las que el éxito de los negocios dependía en cierta medida del control familiar de los mismos.

El surgimiento de Cienfuegos como plaza comercial

En 1819 fue fundado el asentamiento de Fernandina de la Jagua, fruto del interés de la administración colonial española de desarrollar nuevas zonas de la isla de Cuba, especialmente en territorios propicios para las grandes plantaciones de frutos de exportación: azúcar y tabaco. Situada en una península interior de la Bahía de Jagua, un puerto natural fácilmente defendible en la costa meridional cubana, la población se desarrolló rápidamente y diez años más tarde fue rebautizada como Cienfuegos. Su situación estratégica junto a nuevas zonas de producción azucarera condujo a una expansión urbana y demográfica muy acelerada, pasando de ser un proyecto de nueva colonización a una de las principales urbes de Cuba en apenas tres décadas. Azúcar, puerto y, años después, ferrocarril, fueron los tres ejes sobre los que se sustentó el crecimiento económico de la ya ciudad de Cienfuegos. Si en 1827 apenas contaba con 841 habitantes censados, en 1858 la población había ascendido ya a 7355 vecinos (Martin Brito, 1998, p. 64). Buena parte de estos nuevos residentes procedían directamente de la Península, y en la ciudad desarrollaron los negocios propios de un puerto exportador azucarero: casas de comercio, abarrotes y pulperías, industrias auxiliares del azúcar y otros negocios destinados a abastecer la población. El caso fue similar al de otras poblaciones como Cárdenas, situada en la costa septentrional de la isla, y en ambas se instalaron corresponsales de casas comerciales de La Habana y Matanzas.

¿En qué momento se instalan los Torriente en Cienfuegos? Es algo difícil de precisar, pero su actividad comercial queda patente ya en la década de 1830, con lo cual se podría considerar

que llegaron a la ciudad apenas una década después de su fundación y, a consecuencia de ello, contaron con una ventaja comparativa frente a otras familias que llegaron toda vez que la élite urbana y la configuración de los muelles del puerto estaban ya constituidos. A falta de consultar la documentación conservada en los archivos cubanos, apenas hay datos sobre estos primeros momentos, pero la trayectoria posterior de Ramón y Esteban de la Torriente encaja con un inicio directo en el comercio, quizá abriendo una pulpería o negocio similar para abastecer la creciente población. El papel de compañías como Torriente Hermanos y Cía. fue el de estructurar la industria azucarera a través de un elemento clave e indispensable para un proceso que, desde el plante de la caña hasta su llegada a los puertos estadounidenses para convertirse en azúcar refinado de mesa, abarcaba todo un año e implicaba la inversión de grandes sumas de dinero. Sirva el siguiente párrafo para resumir el contexto:

A comienzos de la década de los cuarenta la oferta crediticia en Cuba seguía todavía enteramente controlada por un amplio grupo de comerciantes, generalmente de origen peninsular, en ocasiones también extranjeros, establecidos en las grandes ciudades portuarias por donde se exportaba la producción agroindustrial. Eran ellos quienes anticipaban a los plantadores los recursos necesarios para la operación de las fincas y quienes, con líneas de crédito abiertas en las plazas mercantiles de Estados Unidos e Inglaterra, se ocupaban de la comercialización de los frutos, adquiriendo previamente las cosechas a los plantadores (Comín Comín, Martínez Soto y Roldán de Montaud, 2010, p. 22).

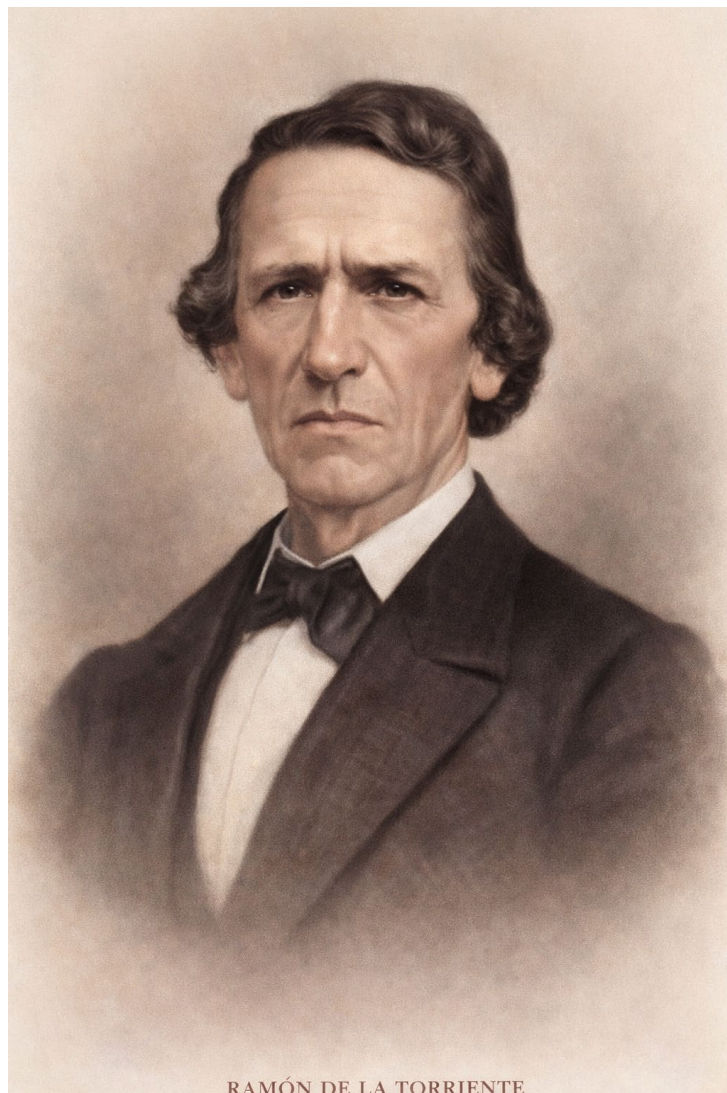
No se puede ignorar el carácter cosmopolita de estos empresarios, quienes, como es este caso, provenían de zonas rurales de la Península Ibérica y en pocos años de residencia en América aprendían idiomas, viajaban a otros países (Estados Unidos y Francia, principalmente) y se insertaban en las redes

comerciales y crediticias que, desde Londres, Liverpool, Filadelfia y Nueva York se extendían por todo el mundo. La industria azucarera que daba vida a Cienfuegos era una actividad propiamente local, pero el abastecimiento de víveres, la comercialización del azúcar y el resto de industrias propias de una ciudad portuaria rebasaban la propia Cuba e implicaban factores internacionales que convertían la actividad económica de ese y otros puertos en una actividad puramente globalizada. Las décadas de 1820 y 1830 fueron tiempos de gran expansión azucarera en la Gran Antilla, previamente a la extensión de la remolacha por Europa y el Medio Oeste norteamericano. Las tradicionales zonas azucareras del Occidente de la isla fueron perdiendo peso en favor de las provincias de Matanzas y Santa Clara, y con ello el peso económico del dulce se desplazó hacia el Este. Si en el periodo 1826-1830 el 85% de la exportación de azúcar se realizó a través de los puertos de La Habana y Matanzas, en el periodo 1846-1849 se redujo al 37,5%. Nuevos puertos emergieron, siguiendo el desplazamiento hacia el este de la industria azucarera (Marrero, 1985, p. 126). Cárdenas, cerca de la propia Matanzas, se situó como punto estratégico al encontrarse a escasa distancia de las nuevas zonas de producción, y el establecimiento de nuevas líneas de ferrocarril que conectaban ingenios y trapiches con las instalaciones portuarias fue otro aliciente. Las dos ramas de la familia Torriente acabaron instaladas en sendos puertos emergentes, buscando las mejores oportunidades para la exportación azucarera.

El negocio exportador-importador abarcaba la introducción en Cuba de abastos para la población procedentes de los puertos españoles, como bacalao de Noruega, harinas castellanas y sus derivados (galletas), legumbres como alubias y garbanzos o patatas, vino, hierro, materiales de construcción (yeso y ladrillos) y, más adelante, carbón inglés para la marcha de las fábricas azucareras (Hoyo Aparicio, 1988, p. 51); por el contrario, se exportaban hacia los Estados Unidos, principalmente, y Europa, en menor medida, los monocultivos del tabaco y el azúcar, este último parcialmente refinado, en forma de melaza o, más común según avanzaba el siglo, transformado en alcoholes cuyo principal

destino era España. Pero el comercio no se redujo únicamente a insumos y monocultivos. La triada barcos, esclavos e ingenios fue la base de las mayores fortunas amasadas en Cuba entre comienzos y mediados del siglo XIX. A falta de indagar en los archivos cubanos, únicamente queda encontrar pruebas documentales de la relación de los Torriente con el tan lucrativo comercio de esclavos. No era lo mismo, como señala Hugh Thomas, lucrarse vendiendo esclavos que tener que comprarlos para poder mantener los ingenios en funcionamiento (Thomas, 1973, p. 207). Y, lo que es más importante, no afectaba de igual modo lo uno y lo otro al prestigio de una familia y a su estatus social, especialmente en el último tercio del siglo XIX, cuando la esclavitud fue abolida y las nuevas generaciones de comerciantes buscaron su propia reputación; apoyándose en sus antecesores, o buscando enterrar su memoria. Con todo, si los Torriente cienfuegueros se beneficiaron directamente de la trata de seres humanos, tuvieron la precaución de ignorar dicha actividad en favor de su imagen pública.

Y es que los negocios de la época no se pueden comprender sin considerar el papel de la esclavitud en la economía cubana de la primera mitad del siglo XIX. Los esclavos eran la principal mano de obra de la industria azucarera, desde la siembra de la caña a su corte, transporte y transformación en los ingenios. Pero también fueron una mercancía enormemente lucrativa para los navieros dispuestos a transportarlos y para quienes los compraban y vendían. Tomás Terry, la principal fortuna de Cienfuegos, se enriqueció comprando esclavos enfermos y curándolos para luego venderlos por un precio muy superior (Rodrigo y Alharilla, 2022, pp. 123-124). Es por tanto inseparable el éxito de los Torriente de la esclavitud, directa o indirectamente. Otros montañeses despuntaron en la trata de esclavos, dejando de lado la industria azucarera. De entre ellos, uno que se instaló en Cienfuegos fue Ángel Bernardo Pérez, quien se asoció con Antonio López, futuro marqués de Comillas, y distribuyendo en la plaza cienfueguera los esclavos que desde Santiago de Cuba le proporcionaba la firma de López (Rodrigo y Alharilla, 2022, p. 125).



Ramón de la Torriente, imagen obtenida de las memorias de Edwin F. Atkins
(Atkins, 1926, p. 23).

La demanda de la creciente industria azucarera era satisfecha por estos empresarios españoles, que posteriormente fueron diversificando sus negocios y acrecentando sus fortunas. Un rasgo común a estos comerciantes procedentes de la provincia de Santander fue el apoyo en otros paisanos emigrados, lo cual no fue una excepción, sino la norma general, entre los españoles emigrados en Cuba. Pero, aparte del apoyo entre montañeses, hay un claro acercamiento a los comerciantes catalanes, que en Cienfuegos también tuvieron una presencia muy destacada (Pérez-Maura de la Peña, 2023, pp. 29-32).

Las décadas de 1820 y 1830 fueron el momento en el que el mercado de los Estados Unidos comenzó a acaparar las mieles producidas en Cuba. Es necesario señalar que las mieles (melaza) eran consideradas por España un subproducto del azúcar y, a resultas de ello, su gravamen fue elevado ya que si eran un subproducto el coste de producción sería prácticamente inexistente y su venta una ganancia neta. Los comerciantes de Nueva York y Boston se hicieron con la compra de las mieles, adaptándose barcos, transportes carreteros e incluso contenedores y muelles para un producto cuyo manejo era muy diferente al del azúcar refinado. De este modo el mercado europeo se complementó con el norteamericano, destinándose el azúcar refinado al primero y las mieles al segundo, fortaleciéndose además la industria del refinado de las melazas para convertirse en azúcar de mesa en la costa de Nueva Inglaterra (Moreno Friginals, Vol. II, 1978, p. 145). Para compañías como la de la familia Torriente fue muy rentable adaptar sus instalaciones portuarias al almacenaje y transporte de las mieles, estableciendo contactos directos con los comerciantes *yankees*. En este caso, con Elisha Atkins, del comercio de Boston. Sobre almacenes hablaremos a continuación.

En 1836 los negocios de las familias Torriente de Matanzas y Cienfuegos se habían extendido a la capital de la isla, pues Torriente Hermanos y Compañía aparece en esta fecha como compañía refaccionista de La Habana, junto a otras de gran importancia como Noriega, Lama y Cía. o Carlos Drake y Cía.

(Marrero, 1985, p. 256). El deslinde entre los Torriente de Matanzas y los de Cienfuegos en este particular es difícil de realizar, pues sus intereses en La Habana eran coincidentes y es posible que se beneficiaran mutuamente de la suma de sus transacciones bajo el apellido familiar, algo similar a lo que sucedía en España, donde la rama matancera contaba con uno de sus miembros, Juan de la Torriente de la Gándara, y su hijo, Pedro de la Torriente de la Vega, responsables de la representación de la Compañía en Santander. Gracias al vínculo directo con su tierra natal, los Torriente de Matanzas se introdujeron en el negocio harinero de manera directa, participando en la instalación y financiación de fábricas de harinas en Castilla. No fue el caso, parece, de la familia que nos ocupa. Su proyección se orientó hacia los Estados Unidos, consumidor boyante de azúcar, más que hacia la Metrópoli colonial, incapaz de absorber el flujo de azúcar que no hacía sino aumentar.

Volviendo a las diferencias entre ambas ramas familiares, es necesario señalar el escaso interés de los que aquí analizamos por las inversiones en banca y ferrocarriles, lo que contrasta con el papel de sus parientes matanceros; no solo por participar en la fundación de bancos y empresas ferrocarrileras, sino también por dirigir dichas empresas y beneficiar sus intereses. Los matanceros fueron de los principales accionistas del Banco Español de La Habana cuando se fundó en 1855 (Roldán de Montaud, 2004, p. 32), y unos de los mayores tenedores de acciones del Ferrocarril Alar-Santander; de hecho, la Junta Concesionaria encargada de colocar las acciones comisionó a la compañía matancera para que regulase las suscripciones en dicha provincia cubana (Hoyo Aparicio, 1988, p. 99). La familia de Cienfuegos, que formaba parte de la oligarquía de la ciudad, prefirió mantener el *statu quo* local y, con ello, su control como prestamistas sobre los hacendados. Una posición más conservadora que, analizada con perspectiva, no fue sostenible a largo plazo, pero sí que les protegió de los problemas bancarios que acabaron con los negocios y la fortuna de su pariente Cosme de la Torriente de la Gándara.

Haberse instalado en Cienfuegos cuando la ciudad se estaba levantando de la nada, literalmente, conllevó la construcción de un muelle propio en una zona muy favorable, junto a los muelles de otras compañías como la de la familia Terry. Esta ubicación, que se muestra en el plano de la ciudad, junto a los tinglados para el almacenaje del azúcar y de fácil acceso para el futuro ferrocarril, no fue sino una ventaja estratégica en toda regla. Los Torriente de Matanzas, por ejemplo, pese a no contar con un muelle propio se beneficiaron de unos almacenes de nueva factura acompañados de barcas capaces de trasladar las mercancías a los barcos anclados en la bahía matancera (Domínguez Cabrera, 2023, p. 211). El muelle de Cienfuegos era al mismo tiempo una infraestructura básica para el negocio y una muestra del poderío familiar. En el mapa de la ciudad de 1867 se puede apreciar la preeminencia del muelle de los Torriente entre los construidos en el puerto cienfueguero, situado estratégicamente junto a los de Tomás Terry y con sus propios tinglados destacados en color rojo.

Habiendo dado el salto del comercio a la exportación azucarera, los negocios de Torriente Hermanos y Compañía crecieron y su relación con los Estados Unidos se estrechó. Como narra Atkins en sus memorias, la producción azucarera de Cienfuegos no difería de la de cualquier otra provincia cubana. En ese sentido, la financiación de la zafra era la principal preocupación de hacendados, comerciantes y compradores. En Cienfuegos no había bancos públicos, por lo que los refaccionistas eran la única manera de acceder a las grandes cantidades de liquidez necesarias para la preparación de la zafra; los refaccionistas, cobrando un interés de entre el 12% y el 18%, otorgaban préstamos garantizados por el propio azúcar de la zafra cuando esta finalizara (Atkins, 1926, p. 52). Los hacendados se encontraban en una situación comprometida, pues para cortar las relaciones con un refaccionista primero debían liquidar las deudas y seguidamente encontrar otra fuente de financiación; los refaccionistas, conscientes de ello, aprovechaban un año de grandes ventas o el momento en el cual las deudas alcanzaban una suma demasiado grande para exigir el cobro de las deudas. Pero el papel de los

refaccionistas iba mucho más allá de la simple financiación. En palabras del propio Atkins,

The shipping merchants owned their wharves and warehouses where the planters who were indebted to them sent their produce. These warehouses were fitted with tinglados, or pans, to catch the molasses which drained from the hogsheads set on end above them, and molasses thus collected was a source of very considerable profit to the merchant. A planter, as long as he could get money to meet pressing needs, was generally willing to carry his sugars, hoping for higher prices, while the merchant was willing to advance against sugars in his stores, as in addition to his profit on the molasses in the tinglados, he collected liberal storage charges beyond his twelve or eighteen per cent interest on the money advanced to finance the crop (Atkins, 1926, p. 53).

Torriente Hermanos, como otras compañías, no solo obtenía beneficios sobre los préstamos concedidos para la financiación de la zafra, sino que cobraba a los hacendados por mantener los azúcares en los almacenes del puerto de Cienfuegos de los que ya hemos hablado, y, además, participaba en industrias auxiliares como la de la construcción de los barriles en los que se transportaba la melaza. Una posición dominante sobre el resto de partícipes en la industria azucarera, pero a la vez más vulnerable. Un par de zafras malas podían suponer la incapacidad de hacer frente a los préstamos debidos, y que para cobrar las cantidades adeudadas hubiese que iniciar largas y farragosas batallas judiciales que habitualmente se prolongaban durante años y tenían que ser continuadas por los descendientes. Una posible estrategia para evitar dicha situación fue el matrimonio de los socios de una empresa con parientes femeninas de otro socio, una práctica muy común entre la élite económica cubana del periodo (Portela Miguélez, 2003, p. 166). En el caso de los Torriente, como veremos al hablar de su declive, la familia se cerró sobre sí misma

al contraerse un doble matrimonio entre primos, por lo que no se incorporó a otra familia o socio comercial al grupo.

Crecimiento y auge de la compañía

El crecimiento de Torriente Hermanos y Compañía se vinculó al crecimiento de la exportación de azúcar por el puerto de Cienfuegos y a la habilidad para encontrar un interlocutor de confianza en los Estados Unidos que garantizase una estabilidad en el negocio. En el caso que nos ocupa fue Elisha Atkins, cuya casa comercial radicada en Boston fue la principal compradora del azúcar de los Torriente. Precisamente, una de las claves del éxito de ciertas firmas comerciales en la Cuba de mediados del siglo XIX fue la imitación de las estrategias empresariales de los socios comerciales norteamericanos con los que mantenían estrechas relaciones. Entre dichas estrategias la principal fue el salto del simple comercio a la propia industria, con consecuencias de gran calado para los hacendados (Thomas, 1973, pp. 191-192). En ese sentido, los norteamericanos habían ido realizando pequeñas incursiones en la industria, y no sería hasta después de la Guerra Larga (1868-1878) cuando el capital estadounidense empezó a fluir con mayor intensidad hacia Cuba. La inestabilidad política y los conflictos bélicos afectaron a estas inversiones, pero estar presente en la propia industria aumentaba el control sobre el ciclo de producción azucarero y, si no eliminaba completamente, suavizaba los conflictos entre hacendados productores y comerciantes exportadores.



Plano Oficial de la Villa de Cienfuegos. Arreglado por orden del M.Y. Ayuntamiento por Rafael Peyro. Boston: Imp. New Eng. Lith. Co., 1867.
Fuente: Archivo General Militar de Madrid – Biblioteca Virtual de Defensa.

A partir de las memorias de Atkins se puede afirmar que los dos hermanos fundadores de la Compañía se especializaron en los dos ámbitos del negocio: Ramón, el patriarca, se encargaba de la faceta comercial y de los embarques, siendo el interlocutor de los refinadores de azúcar de Nueva Inglaterra; Esteban, por su parte, se encargó de los ingenios que fueron controlando a consecuencia de las deudas impagadas, de su gestión y de la producción del azúcar desde el plante de la caña hasta su conversión en melaza (Atkins, 1926, p. 12). La relación entre ambos hermanos no fue de igualdad, sino que Ramón llevó la batuta de la Compañía y Esteban no aparece nunca ni siendo interlocutor con los comerciantes a quienes vendían el azúcar ni en cargos políticos

municipales superiores a los de su hermano. En todo caso, la participación directa de los Torriente en ingenios azucareros parece que no se concretó hasta la crisis de 1857, aunque la confusión con la rama matancera dificulta enormemente precisar en qué ingenios tuvo intereses la Compañía y cuales fueron propiedad directa de la familia. De todo ello hablaremos más adelante, con las crisis y la decadencia, pues en un momento en el que la industria azucarera se estaba transformando rápidamente el poseer varios ingenios fue una rémora más que una ventaja.

Al respecto de los ingenios y su funcionamiento, Consuelo Soldevilla señaló en su momento que la familia Torriente, sin especificar qué rama, estaba conectada con el clan de Julián Zulueta y Amondo (Soldevilla Oria, 1997, p. 260). Por cercanía geográfica lo más probable es que estos Torriente fuesen únicamente los de Matanzas, pero hasta que no se aborde la documentación albergada en los archivos cubanos es difícil precisarlo. La vinculación entre Cosme de la Torriente y Zulueta fue probada ya por Bahamonde y Cayuela (Bahamonde Magro y Cayuela Fernández, 1992, p. 247). El entorno de Cienfuegos contaba con otros clanes más activos, como la familia Terry, lo que no es óbice para que empresarios de la zona se insertasen en redes de mayor extensión y con conexiones en plazas financieras europeas. No hay datos, por el momento, que vinculen a los Torriente que aquí nos ocupan con los negocios de Zulueta.

Pero, de nuevo, el comercio ultramarino fue la principal actividad de la familia. Las mercancías que se vinieron a conocer como «frutos coloniales» impulsaron el comercio del puerto de Santander, fenómeno similar al que se produjo en otros puertos peninsulares. Azúcar, tabaco y cacao, productos de monocultivo y exportación por excelencia, no fueron los únicos. Habría que sumar maderas nobles y tintes vegetales, manufacturas derivadas del monocultivo, como los alcoholes, la cera, las fibras vegetales y el papel, y productos de reexportación que llegaban a Cuba desde otras latitudes más lejanas, como porcelana china. Los buques que hacían el viaje de ida y vuelta llevaban en sus bodegas múltiples productos que posteriormente eran distribuidos entre otras tantas

compañías comerciales¹. En ese sentido, el azúcar y similares se orientaban al mercado de los Estados Unidos, suponiendo un escaso porcentaje de las exportaciones hacia España. Una diversidad de mercancías que muestra lo complejo del negocio comercial que manejaban estas Compañías, y que no puede simplificarse únicamente al negocio azucarero. Como afirmaba Remigio Salomón en su *Guía de Santander* de 1860:

Santander, cuyo número de almas se aproxima, sino pasa, de treinta mil, goza de una temperatura templada; pero muy variable; debe su importancia á la privilegiadísima situación que ocupa; y el desarrollo de su Comercio con la América, especialmente con la Isla de Cuba, fomenta su prosperidad y la asegura, con los rápidos y cómodos medios de comunicación marítima y terrestre con que cuenta, un porvenir de los más halagüeños y lisonjeros (Salomón, 1860, p. 22).

En 1857 se creó Torriente Hermanos en Santander, una iniciativa derivada de los pujantes negocios cubanos (Soldevilla Oria, 1997, p. 260). Los Torriente se vincularon a otras familias del comercio santanderino, asociándose entre 1858 y 1863 a Mariano Zumelzu y extendiendo sus actividades a la representación de compañías de seguros marítimos como la Naviera Catalana (Salomón, 1860, p. 107). Contar con familiares en el puerto santanderino, que además podían facilitar todo lo referente a los negocios marítimos, fue, sin duda, otra de las ventajas que tuvieron los Torriente de Cuba, aunque los de Matanzas se aprovecharon en mayor medida dado que buena parte de su negocio se orientaba hacia España, mientras que los de Cienfuegos se enfocaban cada vez más hacia los Estados Unidos. El prestigio familiar jugó en Santander el mismo papel que en Cuba. La familia Torriente instalada en la capital montañesa gozaba de una buena posición,

¹ «Sección Marítima», *Boletín de Comercio*, Santander, 7 de abril de 1858, p. 3.

siendo considerados comerciantes capitalistas de primer orden y probada fiabilidad, una garantía para aquellos que quisieran hacer negocios con ellos (Salomón, 1860, p. 102).

En 1860 la firma Torriente Hermanos de Santander tenía matriculados en el puerto montañés la corbeta Isabelita (268 toneladas), el bergantín Samaritano (200 tn) y el vapor Everilda (605 tn). De todos los buques matriculados en el puerto que aparecen en la Guía de 1860, el vapor Everilda es el segundo más grande, únicamente superado por la fragata «Primera de Santander» (802 tn) de Manuel Abascal (Salomón, 1860, pp. 181-186). Aunque el principal destino de estas embarcaciones era la costa norte cubana, donde los productos exportados por Torriente Hermanos de Matanzas eran embarcados en los puertos de Matanzas, Cárdenas y, en alguna ocasión, Nuevitas, también comerciaban con Cienfuegos. Y lo que es más importante, algunos de los empleados en estos buques pasaron posteriormente a otras firmas que sí centraban su actividad en Cienfuegos, como es el caso de Mariano de la Lastra Aramberry, que comenzó como capitán para Hermanos Torriente y después pasó a la firma de Antonio López.

Como élite en la Cuba decimonónica, los Torriente no introdujeron ninguna novedad en la política isleña. Conservadurismo, patriotismo español y una posición cambiante respecto a las diferentes posibilidades de reforma fueron una tónica general para esta élite económica cuyos intereses dependían de la españolidad de la isla. En una carta de Ramón que reproduce Atkins, él mismo plasmaba su posición política de manera clara y directa: «la mayoría de nosotros somos conservadores y no queremos reformas en absoluto» (Atkins, 1926, p. 35). Pero dicha carta fue escrita tras el estallido de la Guerra Larga, y la realidad es que su posición no fue siempre la misma. Al igual que sus parientes asentados en Matanzas, la capacidad de presentar una posición flexible fue otra herramienta más para obtener una posición ventajosa en épocas de cambios. En 1854, por ejemplo, aparece la firma de los Torriente en una exposición de carácter reformista también firmada por Zulueta, que reclamaba la reorganización del gobierno civil y militar de la isla de Cuba no

tanto para neutralizar las ansias independentistas de parte de la población local, sino más bien para disipar los intereses de elementos extranjeros para apropiarse de la colonia (Pirala, 1895, pp. 123-124).

Esta presencia pública se vio acompañada de la participación en la vida política local. Ramón y Esteban de la Torriente estuvieron presentes en el gobierno municipal de Cienfuegos, bien fuese como alcaldes y regidores, liderando el batallón de voluntarios local o promoviendo asociaciones de carácter españolista y conservador. La prolongada carrera política local de Ramón de la Torriente quizá sea la muestra más clara del estrecho vínculo entre poder económico y poder político en la Cuba del siglo XIX, y más concretamente en una ciudad cuya economía dependía completamente del negocio azucarero (Edo, 1943, p. 183). Cuando, tras el estallido de la Guerra Larga, se organizaron cuerpos de voluntarios, Ramón y Esteban se encargaron de dirigir a los de Cienfuegos habida cuenta de su prestigio social y del estatus del que gozaban en la ciudad (Thomas, 1973, p. 329). De nuevo, representantes del conservadurismo y del *statu quo* colonial, frente a las demandas de los rebeldes. Un binomio que se mantendría hasta la pérdida del control de la colonia a finales de siglo, pero que continuó incluso durante la República de Cuba con el acendrado conservadurismo de su sobrino Esteban Cacicedo.

Las crisis de 1857 y 1866 y el cambio en la industria

El conocido como «Pánico» de 1857 que se desató en los Estados Unidos afectó a dos elementos clave de la economía cubana: la demanda de azúcar, que se redujo con la crisis económica, y los ferrocarriles, especialmente afectados en este periodo. En julio de 1857 se inició el prolongado descenso del precio del azúcar, que continuó durante 1858, como consecuencia del desplome de la demanda del mercado norteamericano y la incapacidad del mercado británico de asumir el excedente pese al aumento de su demanda; las ventas se paralizaron, se redujo la cantidad de dinero en circulación y la balanza de pagos entró en crisis (Roldán de Montaud, 2004, p. 39). Compañías comerciales

que llevaban más de una década operando en ciudades como Cienfuegos no sobrevivieron y fueron liquidadas, aunque sus promotores continuaran en el negocio y posteriormente levantasen nuevas firmas. Es el caso de Noriega, Olmo y Cía. o de la familia O'Bourke-Palacios, estos últimos especializados en la gestión de ingenios. Torriente Hermanos y Cía. continuó sus operaciones, y Atkins en Boston hizo lo propio. La economía no se repuso de inmediato, pero los negocios fueron retomándose entre las plazas de operación habituales. La ciudad de Cienfuegos, pese a todo, continuó siendo uno de los principales puertos de comercio con el de Santander, tanto por el envío de azúcares hacia la capital montañesa como por el consumo de harinas castellanas que embarcaban hacia América². La necesidad de abastecer la población seguía siendo un fuerte elemento de dinamización económica y un negocio interesante para los comerciantes de ambas orillas del Atlántico.

Desde 1857 hasta 1866 el mercado azucarero se recompuso lentamente, y los negocios de los Torriente continuaron sin interrupciones notables. Como ya se ha mencionado, la principal novedad del periodo fue la creciente entrada en la industria azucarera cubana del capital procedente de los comerciantes estadounidenses. A corto plazo, nada perturbase a la Compañía. Pero del vecino norteño no solo llegó capital, sino que también entraron nuevas máquinas más modernas y eficientes en la transformación de la caña de azúcar, y algunos ingenios empezaron a ser transformados en industrias propiamente dichas, más parecidas a las grandes fábricas de finales de siglo que a los humildes trapiches establecidos veinte o treinta años atrás. En 1866, empero, la crisis financiera que devastó España tuvo sus repercusiones en Cuba, a lo que hubo de sumarse el estallido de la conocida como Guerra Larga (1868-1878), factores que alteraron la economía insular y acabaron por llevar al traste la fulgurante trayectoria de la compañía familiar.

² «Mercados Nacionales», *Boletín de Comercio*, Santander, 8 de octubre de 1858, p. 3.

La relación entre la economía colonial de Cuba y su Metrópoli vivió fuertes transformaciones en este periodo de crisis. Los productores de azúcar cubanos, afectados por los aranceles impuestos al azúcar refinado y por los costes de producción derivados del modelo esclavista, solicitaron reiteradamente que en España se estableciesen refinerías de dulce que les permitieran exportar mieles y, de ese modo, no tener que finalizar el proceso de refinado por su cuenta. La incapacidad de España para establecer esas industrias lanzó a los cubanos al mercado de los Estados Unidos, que se convirtió, desde el punto de vista económico, en la nueva Metrópoli dominante sobre Cuba (Moreno Fragnals, Vol. II, 1978, pp. 184-185). A ello hay que añadir el conflicto generado por la incursión de los comerciantes en la propia industria azucarera, en la cual los Torriente participaron. Anteriormente los comerciantes financiaban y distribuían la producción de los hacendados, siendo un eslabón más en la estructura económica colonial; desde que se introdujeron en la propia industria, su estatus cambió, y sus intereses se centraron en una mejor relación con los Estados Unidos. La principal consecuencia fue que estos grandes comerciantes-empresarios, representantes del grupo de dominación peninsular, respaldaron las peticiones de la sacarocracia isleña que, patriotismo aparte, reclamaban una relación más estrecha con los Estados Unidos y que los esfuerzos políticos se orientasen hacia la reducción de las tarifas norteamericanas sobre los productos cubanos.

Todo empezó a cambiar en verano de 1865. En España quebraron numerosos harineros montañeses y castellanos, entre ellos Zumelzu y Torriente (Moreno Lázaro, 2016, p. 116). Y aunque la crisis amainó a finales de año, en 1866 llegó la nueva crisis financiera, con lo que el panorama empresarial previo fue transformado de manera irremediable. Muchos empresarios de la Península se embarcaron hacia Cuba, y allí se integraron en otros sectores comerciales. La capacidad económica de las firmas comerciales aún consiguió influir positivamente en sus intereses. En marzo de 1866 surgió en Cienfuegos una nueva compañía naviera, promovida por el asturiano Antinógenes Menéndez y orientada a la competencia contra la Compañía Cubana de

Navegación, cuyas tarifas eran consideradas lesivas en la plaza comercial. Torriente Hermanos, Solozábal, Campo y Cía., Avilés y Leblanc o Castaño e Intriago fueron algunas de las firmas mercantiles y refaccionistas de la ciudad que participaron en la constitución de la compañía. En diciembre de 1866 entraron en servicio sus vapores, sirviendo al sur de la isla de Cuba, y consiguiendo con ello la rebaja de las tarifas de la Compañía Cubana de Navegación y una muestra de la capacidad de la economía cienfueguera (Rodrigo y Alharilla, 2016, pp. 76-77).

El shock no fue inmediato, pero a partir de ese año de 1866 se fueron sintiendo los efectos de la crisis, por la suma de varios motivos. Los beneficios obtenidos del almacenaje de las mieles en los almacenes portuarios y de la recolección del azúcar que estas iban perdiendo hasta que embarcaban en los buques también desaparecieron. La nueva maquinaria instalada en los ingenios ofrecía una mayor polarización del azúcar, con lo que la miel en suspensión se redujo notablemente, y los hacendados se unieron para poner en marcha industrias fabricantes de cajas y sacos que privaban a los comerciantes del control sobre los contenedores (Moreno Friginals, Vol. I, 1978, p. 243). La pérdida de azúcar en el almacén fue mucho menor, y el sistema de recolección en los tinglados perdió su rentabilidad y su sentido. Los comerciantes, que habían ganado poder frente a hacendados y productores en las décadas de 1840 y 1850, empezaban a perderlo ahora. El estallido de la Guerra Larga en 1868 afectó al mercado azucarero, a las inversiones norteamericanas y, sobre todo, a la élite peninsular, que se organizó para enfrentar a los insurrectos y comenzó el proceso de repatriación de capitales.

El prestigio de la familia Torriente no disminuyó pese al cambio de coyuntura. El 24 de junio de 1869 se fundó el Casino Español de Cienfuegos, una de las primeras sociedades constituidas por la colonia española de Cuba. El Casino, espacio de sociabilidad y aglutinamiento de los emigrantes españoles, también fue un centro de poder político y reclamaciones de los intereses de la oligarquía local, algo que posteriormente replicarían los diferentes centros y sociedades de los españoles en La Habana y

otras ciudades. Su primer presidente fue Ramón de la Torriente, lo que muestra el destacado lugar que ocupaba la familia dentro de la sociedad cienfueguera (Soldevilla Oria, 1997, p. 189). El Casino no dejó de ser una iniciativa de carácter españolista y conservador, dos de los rasgos políticos de la mayoría de los peninsulares instalados en Cuba.

Ese mismo año arribó a Cienfuegos el ya citado Edwin F. Atkins, enviado por su padre desde Boston para que aprendiera los entresijos del negocio azucarero de primera mano junto a los que por entonces eran unos de los principales proveedores de azúcar para la compañía familiar, los Torriente. Atkins se encontró con una situación pacífica pese al inicio de la Guerra Larga, y destaca a lo largo de sus memorias la privilegiada tranquilidad que reinó en Cienfuegos durante el conflicto. Gracias a él, sin embargo, podemos conocer cómo la paralización de la actividad azucarera fue afectando a los diferentes eslabones que conformaban el ciclo industrial, empezando por los hacendados. Los estragos de la Guerra Larga no afectaron a Cienfuegos con la misma intensidad que en otras provincias, y muchos ingenios continuaron su producción con menores interrupciones durante el conflicto. El panorama general, sin embargo, no fue tan proclive para los productores. Muchos hacendados fueron incapaces de satisfacer sus deudas, con lo que nuevos propietarios se adueñaron de gran número de fincas y trapiches, así como de los esclavos empleados en ellos, los cuales, aun siendo liberados, continuaron como «patrocinados» a cargo del propietario de la finca (Atkins, 1926, pp. 37-39). La familia Torriente partía de una posición ventajosa, pues su principal negocio era el comercio y exportación de azúcares y no estaban atados a los ingenios. Pero el impago de los deudores les obligó a hacerse cargo de nuevas fincas y fábricas, viéndose cada vez más envueltos en los mismos problemas que los hacendados y, dada la enorme cantidad de liquidez necesaria para poner en marcha la producción del azúcar, en búsqueda desesperada de los fondos necesarios para que las recientes adquisiciones produjesen beneficios. Cuando el 1 de enero de 1865 quedó suprimida la antigua Real Cédula del 2 de abril de 1852, que impedía el embargo de haciendas por impago de deudas, se

produjo una cascada de traspasos de propiedades desde los hacendados arruinados hacia los comerciantes prestamistas (Bahamonde Magro y Cayuela Fernández, 1992, p. 48). Lo que para muchos fue un impulso a su fortuna, para otros fue el principio de su fin.

Declive y desaparición

El panorama que presenta Atkins desde su llegada en adelante es el de una reconfiguración de la industria azucarera a todos los niveles. Nuevas maquinarias procedentes de los Estados Unidos se fueron generalizando en los ingenios, mientras que la quiebra de muchos hacendados contribuyó a la concentración de las tierras en torno a un número más reducido de familias, quedando los anteriores dueños como cultivadores dependientes de la venta de su caña a los propietarios del ingenio correspondiente. Los efectos del conflicto bélico, más reducidos en Cienfuegos que en las provincias orientales de Cuba, afectaron a los hacendados tradicionales y a la producción azucarera, con escaramuzas en los campos, quema de caña e instalaciones industriales e incluso destrucción de ingenios. Un pariente de la rama matancera de la familia, Juan Antonio de la Torriente Cruz, sucumbió a las deudas contraídas sobre su ingenio *Carlota* situado en la zona de Cárdenas. El primer intento de los Torriente de Cienfuegos de recuperar el dinero debido lo hizo Ramón antes de morir, en 1874, y en 1879, con el deudor también fallecido, el ingenio pasó a manos de los Torriente (Atkins, 1926, pp. 37-38). Pero estos, ya en dificultades, utilizaron el *Carlota* como garantía de pago en caso de que les fuese imposible cumplir con los adelantos proporcionados por la familia Atkins. Es curioso que una de las pocas evidencias que prueben la relación entre las dos ramas de los Torriente asentadas en Cuba sea en el momento en el que ambas entraron en decadencia. Esta situación no fue sino el inicio del proceso de concentración azucarera en torno a un número menor de ingenios, que ya a finales de siglo se convertirían en los grandes «centrales» azucareros, mucho más eficientes y rentables. Pero en Cienfuegos, como en otras zonas, los conflictos acompañaron la transformación de la industria.

La decadencia de Torriente Hermanos y Compañía se corresponde con la incorporación de la siguiente generación de familiares en los negocios. Los hijos de Esteban siguieron los pasos de su padre, y junto a él se encargaron de todo lo correspondiente a los ingenios propiedad de la familia. El más relevante fue Joaquín de la Torriente, quien aparte de sumarse a la compañía contaba con estudios de derecho y contribuyó en los litigios contra los hacendados morosos (Atkins, 1926, p. 69). Dotar a los hijos con estudios universitarios para que posteriormente aplicasen los conocimientos adquiridos en el negocio familiar fue una estrategia utilizada por las familias de españoles asentados en Cuba, y en el caso de una como los Torriente, en la que parece evitaron la entrada en la familia de elementos externos, una necesidad. Aparte de Joaquín su hermano, Baltasar de la Torriente, empezó como oficinista en la firma familiar, trabajó en la oficina de Boston de Atkins & Co. y finalmente se estableció por su cuenta en Cienfuegos (Atkins, 1926, p. 56). Ambos representaban la natural sucesión en la empresa familiar, pero no se puede ignorar a sus primos Joaquín y Esteban Cacicedo de la Torriente. En 1876 falleció el patriarca familiar, Ramón, y dos años después su sobrino Joaquín Cacicedo se casaba con su prima, Clotilde de la Torriente Madrazo, en lo que fue interpretado por familiares y amigos como un matrimonio de conveniencia destinado a preservar los negocios del difunto patriarca (Atkins, 1926, p. 41). El ejemplo de Joaquín lo imitó su hermano Esteban, que tiempo después se casó con su prima Ramona, hija de Esteban de la Torriente Valdecilla y de iguales apellidos que Clotilde, pues las madres de ambas también eran hermanas. Este doble matrimonio selló el control familiar del patrimonio, pues tras ambos enlaces la familia al completo se encontraba dentro de la Compañía, evitando el posible conflicto entre los negocios cada vez más pujantes de los Cacicedo y la situación de declive de sus primos Torriente.

Y es que es necesario hacer una mención a Esteban Cacicedo de la Torriente, por diversas razones. Cacicedo se convirtió a finales del siglo XIX y principios del XX en una de las principales figuras de Cienfuegos, como medio siglo antes hubiese hecho su tío Ramón, y con esa actitud pragmática ya señalada

consiguió navegar los cambios políticos de la isla e incorporar a sus hijos a sus negocios, convirtiendo su emporio empresarial en una de las empresas familiares más importantes de la República de Cuba. Cacicedo había seguido la trayectoria de la mayor parte de emigrantes españoles a Cuba, iniciándose en el comercio desde posiciones subalternas, pero en 1877 ya estaba participando en iniciativas empresariales propias, aportando 60.000 pesos al capital de García y Cía., una compañía de compraventa de víveres de Cienfuegos cuyo capital suponía 360.000 pesos (Cueto González, 2013, p. 35). Una suma nada desdeñable para el momento, que muestra su pujanza frente a la decadencia de los Torriente, en una trayectoria vital muy similar a la de su pariente lejano Ramón Pelayo de la Torriente (1850-1932), más conocido por su labor filantrópica. Esteban Cacicedo continuó en la firma de García & Cía., donde también comenzaron sus carreras los destacados empresarios cienfuegueros Antonio Intriago y Nicolás Castaño, emigrantes de origen español que desarrollarían sus carreras de manera paralela a la de Cacicedo, representando esa nueva generación que fue capaz de adaptarse a la coyuntura de finales del siglo XIX y principios del XX. Castaño, que pudo haber sido un feroz rival de Cacicedo, fue sin embargo cordial amigo y apoyo mutuo en defensa de las tesis conservadoras tanto en la Cuba española como en la República independiente.

Si se tiene en cuenta la trayectoria posterior de Esteban Cacicedo únicamente en lo que a negocios se refiere, este adoptó una posición muy diferente a la de sus tíos. Optó por diversificar sus negocios, prestando especial atención a las industrias auxiliares a la azucarera y a las incipientes manufacturas y bienes de consumo que en Cuba se han denominado «industrias menores» (Marqués Dolz, 1996, pp. 449-458). De ese modo, logró crear un imperio comercial en el que la industria azucarera era un elemento más, no el pilar central, suavizando el impacto de las crisis cíclicas y de los vaivenes como consecuencia de conflictos bélicos en el precio del dulce en sus cuentas. Los Torriente, por su parte, no diversificaron sus inversiones, quedando ligados al modelo de producción azucarero que estaba quedándose obsoleto, y a un comercio cada

vez más globalizado y cuyos centros de decisión se encontraban en los Estados Unidos, no en Cuba, y mucho menos en España.

Los Atkins, sus socios en Boston, estaban interesados en establecerse en la industria azucarera y contaban con capital para ello, pero los Torriente tampoco tenían suficientes fincas e ingenios como para asociarse en un proyecto común. Pese a la amistad personal entre unos y otros, sus intereses económicos fueron divergiendo. La incorporación de los hermanos Cacicedo, como ya se ha dicho, neutralizaba la posible competencia por parte de miembros de la familia directa, y pudo ser una oportunidad para modernizar los negocios de la Compañía. La realidad, sin embargo, es que esta se fue deshaciendo lentamente, a consecuencia de la incapacidad de actualizar los ingenios con la tecnología más puntera (y cara), de las nuevas casas comerciales que fueron acaparando cuota de mercado gracias a jóvenes que sabían inglés y se desplazaban habitualmente a Estados Unidos para negociar allí la venta del azúcar, y a que los fundadores y principales dirigentes de la misma fallecieron en un corto periodo de tiempo (Ramón en 1876, Esteban en 1885). El modelo de la empresa familiar, más propio de la primera mitad del siglo que del nuevo escenario surgido tras la Guerra Larga, chocaba frontalmente con la visión de la nueva generación.

El prestigio familiar, no obstante, seguía intacto. Aun en 1874, cuando la familia Goytisolo quiso desprenderse de sus propiedades en la zona de Cienfuegos, el patriarca, Agustín (1812-1886), escribía a su hijo recomendándole la venta del gran ingenio *Lequeitio* a los hermanos Ramón y Esteban de la Torriente (Rodrigo y Alharilla, 2016, p. 192). Lo que Agustín Goytisolo no sabía es que la familia Torriente se encontraba ya en una situación comprometida, incapaces de iniciar la zafra en las fincas que habían pasado por deudas a su propiedad, con los consiguientes problemas para encontrar financiación. Al igual que los hacendados, un par de años consecutivos en los que la venta de azúcar no fuese satisfactoria suponía la incapacidad de hacer frente a las deudas contraídas, y la modernización de las industrias azucareras requería una inversión aún mayor, sin la cual era

imposible competir. Esteban continuó ejerciendo cargos municipales hasta su fallecimiento, y a él le sucedió su hijo Joaquín, que además fue elegido Juez Municipal de Cienfuegos. En la década de 1880 el muelle del puerto que fue emblema de la compañía seguía siendo conocido como el muelle de Torriente Hermanos³. El apellido familiar, por tanto, siguió siendo un activo valioso durante unos cuantos años más tras el declive de la Compañía y un nombre reconocido y reconocible en la ciudad de Cienfuegos, aunque Esteban Cacicedo, acrecentando su éxito, marcó un perfil propio.

La crisis financiera de mediados de 1883 y comienzos de 1884 afectó profundamente a las firmas que, como Torriente Hermanos, se dedicaban a la exportación e importación. En este caso, fue su final. El origen de la crisis fue la depreciación del Banco Español de la Isla de Cuba, institución preponderante en el sistema financiero de la isla, que arrastró consigo las acciones de compañías ferrocarrileras y otras empresas. Muchas firmas suspendieron pagos en toda Cuba, y el caso de Cienfuegos no fue una excepción (Tablada y Castelló, 2007, p. 299). La incapacidad de los hacendados de hacer frente a sus deudas, de nuevo, repercutió directamente en la liquidez de las firmas prestamistas. Torriente Hermanos se encontró en una posición aún más delicada. La Compañía, afectada por la situación financiera, comenzó a deshacerse de propiedades para obtener liquidez inmediata, pero con ello estaba liquidando sus activos en la industria en la que se había especializado, con lo que el margen de maniobra se fue reduciendo. El ingenio *Soledad*, con sus fincas y maquinaria, y también con los «patrocinados» restantes, fue vendido a Atkins en 1884 (Scott, 2007, p. 10). El ingenio había pertenecido a la familia Sarriá, y desde el fin de la Guerra Larga los Torriente se encontraban en litigios con Joaquín Sarriá a cuenta de las deudas impagadas. El historiador Hugh Thomas ejemplificó la decadencia de la antigua clase de hacendados con el ejemplo del *Soledad*:

³ *La Correspondencia de España: diario universal de noticias*, Madrid, 1 de marzo de 1882, p. 2.

«Los efectos de todo esto quedan muy claros en la historia de las desgracias de la familia Sarriá, que anteriormente había tenido cinco buenos molinos en la zona de Cienfuegos y al mismo tiempo, en 1884, una deuda pendiente de 750.000 dólares con los hermanos Torriente, de Cienfuegos, que durante mucho tiempo habían sido navieros y comerciantes. Todo fue bien hasta la muerte de Juan Sarriá, el fundador de este imperio. Entonces, el hijo mayor, Domingo, dejó que su hermanastro dirigiera sus haciendas y se fue a vivir a España. Más tarde, desilusionado, envió a su propio hijo para que se ocupara de lo de Cuba; pero Domingo Sarriá II, acostumbrado a España y al lujo, vivió en Cienfuegos con tal suntuosidad –sus caballos llevaban herraduras de plata– que le tomaban por un miembro de la familia real. Restos extravagantes reyes del azúcar no estaban preparados para afrontar la crisis de 1883. En 1884, Atkins & Co. (actuando como cobradores de los Torriente) cancelaron la hipoteca de las plantaciones y se convirtieron en los únicos propietarios de la plantación *Soledad*». (Thomas, 1973, pp. 363-364).

Con dicha venta la familia Torriente perdía su principal ingenio, y el declive de la compañía se tornó irremediable, sucediéndose más ventas en los años posteriores. La actividad comercial a través del puerto de Cienfuegos se mantuvo, impulsada por la diversificación que Esteban Cacicedo estaba llevando a cabo, pero el nombre de Torriente Hermanos fue desapareciendo de manera acelerada de los registros y la prensa.

Los ingenios se estaban concentrando, la industria mecanizándose y la situación de Cuba, pese a sus particularidades, se asemejaba cada vez más a la de la gran industria de los Estados industrializados en Europa y Norteamérica. Compañías como Torriente Hermanos, producto de una coyuntura concreta muy anterior en el tiempo y organizadas en base a concepciones del comercio y la exportación propias de un periodo en el que el trabajo esclavo y los ingenios de pequeño y mediano tamaño imperaban, fueron incapaces de adaptarse a la nueva realidad. Un

simple dato muestra lo profundo del cambio. Hacia 1860 había en la provincia de Cienfuegos 94 ingenios, mientras que para 1890 se habían reducido a 11, al tiempo que la producción azucarera se había doblado (Venegas Delgado, 2005, p. 76). Como con cada crisis, lo viejo desapareció en favor de lo nuevo y los restos de Torriente Hermanos pasaron a manos de la nueva generación, con un cariz totalmente diferente. La empresa familiar, tan exitosa durante décadas, desaparecía como otras tantas, y como en 1870 había desaparecido Torriente Hermanos de Matanzas.

El fin de la historia se produjo en el mes de junio de 1890. El día 26 apareció una escueta noticia en el *Diario de la Marina*, portavoz oficial y oficioso de todos los intereses económicos de la isla, en la cual se informaba de la liquidación de la sociedad Torriente Hermanos y Compañía⁴. Los liquidadores fueron Martín Echezarreta Elosegui y Pedro Entenza Méndez, ambos del comercio de Cienfuegos, bien conectados a las familias de la oligarquía local y representantes del nuevo empresariado que se estaba formando en la Cuba finisecular.

Conclusiones

En este trabajo se ha bosquejado brevemente el surgimiento, desarrollo y posterior desaparición de una compañía comercial e industrial de la isla de Cuba durante el siglo XIX. El análisis de la trayectoria empresarial de Torriente Hermanos y Compañía de la ciudad de Cienfuegos revela un ejemplo paradigmático de la historia empresarial y económica de la isla: una compañía familiar, constituida por españoles que replicaron los patrones de emigración característicos de la primera mitad del siglo XIX; unos negocios comerciales y empresariales que se fueron adaptando a la modernización de la industria azucarera, a la apertura a los mercados de financiación internacionales y a la competencia con nuevos productores de dulce como los remolacheros; una vinculación clara y palpable entre la élite económica de una ciudad como Cienfuegos y el control de los

⁴ «Crónica general», *Diario de la Marina*, La Habana, 26 de junio de 1890, p. 3.

cargos de representación política, cimentando una élite local; y un declive y posterior desaparición provocados por la incapacidad de transformarse y adoptar un modelo empresarial más moderno, el cual sí adoptaron otros miembros de la familia que, pese a haberse instalado en Cuba gracias a sus parientes, heredaron los restos de la compañía y se beneficiaron de aquellos competidores que causaron su desaparición para construir un imperio empresarial propio. Una evolución de más de medio siglo al compás de la evolución de la propia isla y de la economía mundial.

Los negocios de Torriente Hermanos y Compañía y su pujanza aparecen imbricados entre el resto de familias y empresas de los españoles emigrados a Cuba. Este hecho es fundamental, y no se puede ignorar, pues en las redes de apoyo residió el éxito prolongado en el tiempo. Las redes se extendieron posteriormente a los Estados Unidos, como prueba la cercana relación con los Atkins, principales compradores de sus azúcares. A ello habría que sumar la política y el preminente papel dentro de la oligarquía local de los sucesivos miembros de la familia, método efectivo de preservar sus intereses en el puerto de Cienfuegos y de construir una reputación como «hombres respetables» que en cierto modo fue una garantía más para hacer negocios. Esta familia, como tantas otras, no circunscribió su campo de acción únicamente a los alrededores de Cienfuegos y Santander, sino que puede considerarse una élite cosmopolita directa e indirectamente. Directamente, porque viajaban a los Estados Unidos, aprendieron inglés y se empaparon de las novedades provenientes del mundo anglosajón; indirectamente, a consecuencia del ambiente internacional que en puertos boyantes como Cienfuegos se vivía, y a los contactos con comerciantes de otros países europeos a quienes compraban productos que importaban a Cuba.

Las prácticas endogámicas tendientes a la conservación de la fortuna y los negocios familiares jugaron un papel clave en el devenir de Torriente Hermanos. Los miembros de la segunda generación se incorporaron al negocio tan pronto como estuvieron en condiciones de hacerlo. El doble matrimonio de Joaquín y Esteban Cacicedo con sus primas, Clotilde y Ramona de la

Torriente unió las dos ramas que podrían haber entrado en competencia para suceder a sus antecesores. Los matrimonios entre primos carnales, o entre tíos y sobrinas, fueron una estrategia familiar común en este periodo y el caso que aquí nos ocupa es bastante representativo por su importancia para la sucesión en la empresa. Los negocios fueron concentrados, pero no se modernizaron y perdieron competitividad. Poseer muchos ingenios y caballerías de tierra no fue una salvaguarda para quedar atrás en una industria azucarera que cambiaba a pasos acelerados. De hecho, la concentración de ingenios lo que llevó es a la desaparición de la inmensa mayoría de pequeñas industrias y la acumulación de fincas en torno a grandes centrales mecanizadas mucho más eficientes. Las deudas impagadas de los hacendados tras la Guerra Larga privaron a los Torriente del capital necesario para modernizar los ingenios que habían pasado a sus manos por culpa de esas mismas deudas, en caso de que hubiesen intentado mantener la competencia.

En todo caso, debido a la complejidad de una familia tan extensa y a lo disgregadas que se encuentran las fuentes, es necesario un trabajo de mayor calado para delimitar con mayor precisión los negocios de Torriente Hermanos y Compañía de Cienfuegos frente a sus parientes de Matanzas. También para rastrear con mayor detalle sus redes comerciales y vínculos con esclavistas de la época, así como con otros comerciantes de los Estados Unidos. Y, por último, para descubrir si fueron inversores en ferrocarriles o en empresas extranjeras, lo que implicaría un cambio de consideración respecto a la entidad de la empresa familiar y su impacto e influencia. Sirva lo aquí expuesto como un primer acercamiento al sujeto de investigación, y base para futuras investigaciones que irremediamente tendrán que contar con la información albergada en archivos cubanos.

BIBLIOGRAFÍA

ATKINS, Edwin F. (1926) *Sixty Years in Cuba. Reminiscences of Edwin F. Atkins*. Cambridge. Riverside Press.

BAHAMONDE MAGRO, Ángel y José Gregorio Cayuela Fernández. (1992) *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*. Madrid. Alianza Editorial.

CADELO VERDEJA, María Eugenia, Ana Cagigas Aberasturi y María Jesús Lavín García. (2004) *Marqués de Valdecilla: Cuba (1864-1920). Catálogo de la exposición celebrada en el lugar de Valdecilla, del 24 de septiembre al 24 de octubre de 2004*. Santander. Consejería de Cultura, Turismo y Deporte; Ayuntamiento de Medio Cudeyo.

COMÍN COMÍN, Francisco, Ángel Pascual Martínez Soto y Inés Roldán de Montaud (2010) *Las cajas de ahorros de las provincias de ultramar, 1840-1898. Cuba y Puerto Rico*. Madrid. Fundación de las Cajas de Ahorros.

CUETO GONZÁLEZ, Rosa Elena. (2013) *Élite santanderina: la contribución socioeconómica en Cienfuegos entre 1880 y 1930. Tesis de Diploma*. Cienfuegos. Universidad de Cienfuegos. http://biblioteca.ucf.edu.cu/biblioteca/tesis/tesis-de-grado/facultad-de-humanidades/licenciatura-en-historia/curso-2012-2013/diurno/Tesis_G%20%20Final.pdf

DOMÍNGUEZ CABRERA, David. (2023) «Almacenes «azucareros» en el puerto de La Habana, 1840-1880». *Pasado y Memoria*. 199-220. <https://rua.ua.es/entities/publication/dd72b4bd-36f1-44f1-85ed-e41aa7fc0dd4>

EDO, Enrique. (1943) *Memoria Histórica de Cienfuegos y su jurisdicción. Tercera Edición*. La Habana. Imprenta de Úcar, García y Cía.

HOYO APARICIO, Andrés. (1988) *Ferrocarriles y banca: la crisis de la década de 1860 en Santander*. Santander. Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación de Cantabria.

MARQUÉS DOLZ, María Antonia. (1996) «Las industrias menores en la Cuba finisecular: problemas de un mercado compartido (1880-1898)». *Estudios de Historia Social y Económica de América*. 13. 449-458.

<https://ebuah.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/5948/Las%20Industrias%20Menores%20en%20la%20Cuba%20Finisecular.%20Problemas%20de%20un%20Mercado%20Compartido%20%281880-1898%29.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

MARRERO, Leví. (1985) *Cuba: economía y sociedad. Azúcar, ilustración y conciencia (1763-1868) (IV)*. Madrid. Editorial PLAYOR.

MARTÍN BRITO, Lilia. (1998) *El desarrollo urbano de Cienfuegos en el siglo XIX*. Oviedo. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.

MORENO FRAGINALS, Manuel. (1978). *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. 3 vols. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales.

MORENO LÁZARO, Javier. (2016) *Los señores de la barina: fabricantes y navieros castellanos (1765-1913)*. Palencia. Región Editorial.

PÉREZ-MAURA DE LA PEÑA, Alfonso. (2023) *Ángel Bernardo Pérez: pionero al socaire de Comillas*. Santander. Centro de Estudios Montañeses.

PIRALA, Antonio. (1895) *Anales de la Guerra de Cuba. Tomo primero*. Madrid. Felipe González Rojas.

PORTELA MIGUÉLEZ, María José. (2003) «La estrategia matrimonial en la élite del partido Unión Constitucional de Cuba, 1830-1860». *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*. 14-15. 159-170. <https://revistas.uca.es/index.php/trocadero/article/view/743>

RODRIGO Y ALHARILLA, Martín. (2016) *Los Goytisolo: una próspera familia de indianos*. Madrid: Marcial Pons Historia.

RODRIGO Y ALHARILLA, Martín. (2022) «Beneficios y beneficiarios del comercio de esclavos en Cuba (1815-1867)». *Ayer*. 128. 4. 103-129.

<https://www.revistasmarcialpons.es/revistaayer/article/view/beneficios-y-beneficiarios-del-comercio-de-esclavos-en-cuba-1815>

ROLDÁN DE MONTAUD, Inés. (2004) «La banca de emisión en Cuba (1856-1898)». *Estudios de Historia Económica*. 44. 1-213. <https://www.bde.es/f/webbde/SES/Secciones/Publicaciones/PublicacionesSeriadas/EstudiosHistoriaEconomica/Fic/roja44.pdf>

SALOMÓN, Remigio. (1860) *Guía de Santander*. Santander. Imprenta de La Abeja Montañesa.

SCOTT, Rebecca J. (2007) «A Cuban Connection: Edwin F. Atkins, Charles Francis Adams, Jr., and the Former Slaves of Soledad Plantation». *Massachusetts Historical Review*. 9. 7-34. <https://repository.law.umich.edu/articles/1385/>

SOLDEVILLA ORIA, Consuelo. (1997) *La emigración de Cantabria a América: hombres, mercaderías y capitales*. Santander. Ediciones de la Librería Estvdio.

TABLADA, Carlos y Galia Castelló. (2007) *La historia de la Banca en Cuba del siglo XIX al XXI. Tomo I. La Colonia*. La Habana. Editorial de Ciencias Sociales.

THOMAS, Hugh. (1973) *Cuba: la lucha por la libertad*. 3 vols. Barcelona. Grijalbo.

VENEGAS DELGADO, Hernán. (2005) «Plantación, plantaciones. Cuba en los 1880». *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*. 85. 63-84. https://www.persee.fr/doc/carav_1147-6753_2005_num_85_1_2901